

CuadMon 35 (1975) 349-379  
CÁNDIDA M. CYMBALISTA, OSB  
ANA MARÍA SANTÁNGELO, OSB

## CRÓNICA

### II ENCUENTRO MONÁSTICO LATINOAMERICANO Bogotá - 1975

Según se había decidido en la Reunión de Río de Janeiro (1972), el Segundo Encuentro Monástico Latinoamericano, tuvo lugar en Bogotá, Colombia, desde el 22 hasta el 29 de julio de 1975. Lo precedió una cuidadosa preparación llevada a cabo por una comisión integrada de la siguiente manera:

Presidente: Dom Lorenzo Ferrer (Colombia)  
Miembros: Dom Plácido Reitmeier (México)  
Dom Leo Rothrauff (Brasil)  
Dom Pedro Alurralde (Argentina)  
Dom Lorenzo Wagner (Colombia)

Secretaria: Hna. Fidelina Monzalvo (México)

Con muchos meses de anticipación se envió a todas las comunidades de América Latina un cuestionario, largo, detallado, cuya finalidad era suscitar inquietudes en las comunidades acerca del tema general del Encuentro: *PRESENCIA DE LAS COMUNIDADES MONÁSTICAS EN LA AMÉRICA LATINA DE HOY*.

Este tema se fue abriendo camino durante los días de la reunión y por fin se impuso, matizando muy definidamente las reuniones de grupos, los plenarios e incluso las conversaciones espontáneas y particulares. Creo que esto bastaría para decir que Bogotá fue un éxito.

Nos reunimos aproximadamente cien monjes y monjas, cuya lista completa daremos al final de esta crónica. A diferencia de lo ocurrido en el Primer Encuentro de 1972, hubo en Bogotá representaciones de muchos países; Argentina, Brasil, Colombia, Chile, El Salvador, Guatemala, Martinica, México, Puerto Rico, Uruguay, Venezuela. En cambio lamentamos la ausencia de los y las Cistercienses de las dos Observancias.

Una verdadera novedad, y muy positiva, fue el hecho de constituir durante esos días una especie de comunidad estable; a ello contribuyeron dos circunstancias: en primer lugar la posibilidad que tuvimos todos de vivir en un mismo lugar, gracias a la peculiaridad del Colegio San Carlos de Bogotá, donde se desarrolló todo el Encuentro. Este Colegio, muy grande, muy moderno, sobrio en sus líneas, casi despojado y a la vez perfectamente funcional, es un importante Colegio bilingüe regentado por una pequeña comunidad de monjes benedictinos norteamericanos, provenientes de Assumption Abbey, Federación Americano-casinense. Fue fundado el 6 de agosto de 1960 a invitación del Cardenal Luis Concha y de Monseñor Carlos Vargas Umaña, quien nos acompañó durante todos los días del Encuentro. Cinco padres, un oblato y un novicio integran el Monasterio de *Tibatí*, adyacente al Colegio. *Tibatí*, en lengua aborigen quiere decir "Alegria del Señor". Ya hablaremos más adelante del papel que desempeñó esta pequeña comunidad. Del otro lado del Colegio, pero dentro de las 16 hectáreas del predio, está el Convento de San Carlos, residencia de ocho hermanas benedictinas norteamericanas procedentes de Cottonwood, Crookston, Jonesboro, E.U., maestras y profesoras del Colegio. Todo este complejo se concentra en una iglesia grande, moderna, muy sobria y cálida a la vez. Esta disposición de los locales permitió que los monjes se alojasen todos en el Monasterio de los padres, y las monjas y hermanas en el Convento de las hermanas. Las reuniones, comidas y liturgias se

desarrollaron en el Colegio. Constituíamos una comunidad de oración y de reflexión presidida por el Rdo. Padre Abad Primado Remberto Weakland.

El segundo hecho que contribuyó a esta peculiar vida de comunidad, fue que los congresistas éramos solamente monjes y hermanas benedictinas, es decir no hubo personas extrañas que si bien prestigian una reunión, le restan intimidad y concentración silenciosa. Solamente contamos un día con la agradabilísima presencia del señor Cardenal de Bogotá Aníbal Muñoz Duque, y en casi todas las jornadas con el Presidente de la CLAR, Padre Carlos Palmás, sj, con el secretario de la CLAR, Padre Luis Patiño, ofm, y con los sacerdotes colombianos Hernán Umaña y Carlos Vargas.

Estas dos circunstancias se hicieron particularmente sensibles en las diarias liturgias, en las comidas y en los ya tradicionales “recreos monásticos”.

Todos los días a las 7 de la mañana nos reuníamos en la iglesia para el Oficio de *Laudes*, seguido de la Eucaristía; volvíamos a las 12 para rezar la Hora Media y a las 17,30 para cantar Vísperas. Los textos y melodías minuciosamente preparadas, figuraban en un fascículo que se regaló a cada congresista, lo cual posibilitó una fácil participación de todos. Sería una verdadera omisión no ponderar el contenido y la presentación de este volumen, que de por sí nos libraba de lo vulgar; como en todos los demás aspectos, también aquí apareció la nota de calidad y de cuidada fineza. Pero mayor aún sería la omisión si no destacásemos la actuación del Padre Abad Plácido Reitmeier y del Padre Gabriel Chávez de la Mora, ambos del monasterio del Tepeyac, y de las Hermanas Guadalupanas de Cristo Rey, que dirigieron todas estas liturgias, desde la composición del libreto hasta la diaria ejecución, realizándose todo con una justeza y una dignidad, a la vez que con una sencillez muy peculiar. Igualmente valioso fue el aporte del Padre Jaime Reyes, del monasterio de Humacao (Puerto Rico), quien con su hermosa voz dirigió el canto, y los ensayos previos. También la generosidad y disponibilidad del organista de Tibatí, Padre Francisco Wehri. Detallo este aspecto de la liturgia, pues como bien dijo el Padre Abad Primado en su evaluación el día de la clausura, esta Reunión de Bogotá fue ante todo y sobre todo una reunión de oración, de monjes y monjas que se encontraron para rezar juntos por nuestro Continente, por todos nuestros hermanos latinoamericanos. Tuvimos una vez más la experiencia de que los monjes tenemos una tarea en el mundo: la oración, la liturgia que se prepara y se prolonga en la oración secreta. Qué bien hacía ver en Tibatí, bastante antes de comenzar *Laudes*, monjes y monjas orando en silencio, oración que se prolongaba después de los Oficios. Esta intensidad y seriedad en la oración marcó todo el resto de cada jornada, fue la fuente de la sinceridad y del clima de diálogo en las reuniones plenarias y de grupos, e incluso en la exposición de los temas.

El método de trabajo fue muy bien sintetizado por el Padre Mamerto Menapace en una crónica que se repartió el último día: “Luego del desayuno comenzaba la jornada de estudio. La mesa contaba con un Presidente que hacía de moderador, con un conferenciante y tres “panelistas” que completaban con breves aportes la ponencia principal. El conferenciante disponía de tres cuartos de hora (calculados razonablemente *ex more nostro*, es decir criterio sudamericano) y luego de un breve momento para saborear el “tintico” colombiano (nombre que se da aquí al sabroso café de estas tierras) la reunión continuaba dando oportunidad a los panelistas para que cada uno de ellos en diez minutos aportara algo nuevo al tema. De todo ello surgían preguntas que luego eran votadas a fin de ser estudiadas por la tarde en grupos pequeños, y sus resultados expuestos en la plenaria... A las 14,30 los grupos reunidos trataban los temas propuestos en una rica puesta en común de experiencias, y quizá hayan sido de lo más rico en cuanto a posibilidad de conocer realidades y modalidades de nuestra vivencia monástica latinoamericana. Todo esto difícilmente lograba ser sintetizado por el relator del grupo, que luego tenía la misión de llevar a la plenaria lo discutido. Simplemente se presentaba como una fotografía de lo que en los grupos había sido mucho más vivo y rico. Finalmente la plenaria daba la oportunidad de escuchar los diversos relatos de los que trataban de sintetizar, y también permitía una nueva discusión a más amplio nivel de lo que resultara más importante en los temas”.

En la imposibilidad de publicar todos los trabajos presentados en el Encuentro, detallaré cada uno de los días haciendo una especie de síntesis de las ponencias y de las reuniones plenarias.

## Día 22 de julio

A las 17 nos reunimos en el salón perfectamente preparado y al cual volveríamos en los días siguientes; nos dio la bienvenida el dueño de casa Padre Lorenzo Wagner, luego abrió el Encuentro el Presidente de la Comisión, Padre Lorenzo Ferrer. explicando para qué nos habíamos reunido: no para sacar conclusiones, no para redactar un documento final, no para presentar u oír cosas brillantes, sino para hacer realidad lo que se había escrito en el Programa: “El monasterio de Tibatí ‘Alegria del Señor’, al daros la bienvenida desea a todos los monjes concurrentes al Encuentro la paz y la alegría de la Pascua propia de quienes, en el amor, comparten un mismo ideal. Tibatí puede decir a cada uno con verdad: ‘Sé que es Pascua porque he merecido verte’ (Vida de San Benito)”.

Seguidamente el Padre Abad Primado D. Remberto Weakland leyó su ponencia titulada NUEVOS HORIZONTES y que publicamos íntegramente en este número de *CUADERNOS MONÁSTICOS* Esta exposición marcó todo el Encuentro, en las reuniones plenarias y en las de grupo se volvía a ella con un deseo sincero de descubrir toda su riqueza orientadora.

## Día 23 de julio

El tema de este día fue IDENTIDAD MONÁSTICA. La exposición del tema estuvo a cargo del P. *Jesús M. Sasía* del monasterio San José del Ávila, de Caracas (Venezuela). Comenzó distinguiendo el concepto de “identidad” del de “autenticidad”. Luego propuso la necesidad de un replanteamiento, pues hasta el Vaticano II:

Hablar de monacato era simplemente hablar de “vida religiosa”: ahí estaban –como se pensaba– la vida de comunidad, los votos, etc., como elementos esenciales. Y dentro de esta visión de la vida monástica, proyectada incluso desde el mismo CIC, se impartía una formación, funcionaba un estilo de vida y de llevar las cosas, actuaba una autoridad y correspondía una obediencia... y así se iban configurando las comunidades. Pero hoy es distinto. Han sucedido cosas importantes. La Iglesia se ha redescubierto en su perspectiva histórico-dinámica como Pueblo de Dios en el que cada cual ocupa su sitio y desempeña su tarea específica. Y en esta reubicación, –o si se prefiere en esta eclesiología– el monje está tanto más necesitado de un puesto preciso que el presbítero y que el laico, por cuanto el monje no se identifica ni con uno ni con otro, y dentro ya del ámbito de la vida consagrada, ni con el canónigo, ni con el “fraile”, ni con el clérigo que tiene vida común, ni con el miembro de un instituto secular.

Expuso luego una síntesis acerca de la doctrina de los carismas, relacionando seguidamente “carisma y monacato”. Todo lo expuesto lo llevó a puntualizar a modo de conclusión:

Como algo básico, cada Instituto en la Iglesia ha de gozar de la plena y omnimoda libertad de ser lo que es no pudiendo ser forzado a asumir una estructura y un estilo de vida que no responda a su carisma como algo determinante... El monje no es, pues, un cristiano que no ha escogido no-ser-secular, sino que ha escogido ser-monje. Como el fraile u otro religioso, tampoco es un cristiano que no ha escogido ser-monacal sino que simplemente ha escogido ser-fraile, etc. Digo esto porque opino que la teología del monacato es reacia a plantear el carisma monástico bajo formas verbales de “hacer” –“¿Qué hacen?” o, “¿qué van a hacer en este nuevo monasterio?”–. Por encima de todo lo que se plantea desde la actual teología de los carismas, y por tanto desde una eclesiología más amplia y profunda, está el “ser”, al cual podrá seguir entonces, pero como una expresión, un “hacer” coherente con el carisma. La autenticidad monástica, a mi ver, se encuentra quizás más que otras en el “ser” y consecuentemente en el vivir como tales, como monjes, para lo cual no es suficiente estar catalogado en el CIC en el rango de “monjes”, vivir en una casa autónoma, pertenecer a una orden descentralizada, cultivar una espiritualidad propia, seguir un ceremonial típico y cargar un hábito que nos distinga de

otros... Bien puede verse que algunas de estas cosas son modalidades secundarias en las que obviamente puede expresarse un pluralismo.

Dar con la identidad monástica a partir de “ser” es acudir a las fuentes a las que el magisterio conciliar nos remitió como criterio determinante e imprescindible. Nuestro camino queda así marcado por el verdadero punto de partida y el árbol vivirá de sus raíces aclimatándose a lo cambiante de unas situaciones coyunturales que, como en nuestro caso, nos acercan ya al siglo XXI.

Redescubrir las fuentes es, en última instancia, dar con su propio carisma y autenticidad. En este retorno a las fuentes no debiera darse en el monacato lo que ha sucedido a algún instituto que, después de una especie de euforia al descubrir su patrimonio carismático, a medida que luego fueron progresando los datos teológicos sobre la vida religiosa, aquello que se había aceptado como carismático-diferencial se volvió tan etéreo, tan común a otros institutos, que parecía que ya no había diversidad específica ni en sus fuentes.

En nuestro caso no se trataría tanto de “imitar al fundador”, cuanto de seguir los valores monásticos recuperados que el espíritu de la Regla incorpora y sintetiza.

El monacato occidental asimila con razón toda la colectividad monástica a su más eximio representante individual, a san Benito de Nursia.

El P. Sasía concluyó su exposición tocando el tema de una “formación actualizada”:

La integración de todos estos datos de reflexión ha de ser en orden al objeto del carisma monástico y su diafanidad ante el mundo, de modo que la actualización de la formación monástica habrá que buscarla en una integración vital y leal de los estudios sagrados en la vocación propia del monje en el contexto y condicionamiento teológico marcados por la Iglesia de hoy, sobre todo a partir del Vaticano II.

La suma de esta formación actualizada y permanente despojará la posible excesiva y peligrosa confianza en los nuevos caminos carismáticos, quizás insólitos para algunos por recién abiertos y franqueados, como rutas únicas y normales de la esperada renovación y puesta al día del monacato.

Y de la “autoridad y obediencia”:

Sin tratar de dar una imagen maximalista del carisma y su funcionamiento, el binomio autoridad-obediencia ha de actuar desde el carisma y al servicio y promoción del mismo.

Concluyendo:

En general, un ambiente que configure en el monasterio una posibilidad de evasión del propio carisma constituye una barrera para la realización plena y sincera de la vocación y lo que ésta tiene de interpelación última y radical, con lo cual se iniciaría una desidentificación progresiva.

A las 10,30 volvimos al salón para escuchar a los tres panelistas de esta jornada en la que actuó como moderadora la M. María San Pablo Durán, Superiora General de las Hermanas Guadalupanas (México). Los panelistas fueron el P. Martín de Elizalde, Prior de San Benito (Argentina), la M. Luzía Ribeiro de Oliveira, Abadesa de Ntra. Señora de las Gracias, Belo-Horizonte (Brasil), y el P. Beda Hornung, Maestro de Novicios de San José del Ávila (Venezuela).

El P. *Martín de Elizalde* interpretó el párrafo 9 del Decreto “*Perfectae Caritatis*” del Vaticano II. Concluía su breve reflexión diciendo:

La dificultad está en definir al monje. Cada una de nuestras comunidades, cada uno de nosotros, tiene una experiencia, una convicción, una tradición de vida monástica. Es difícil conjugar todas ellas, y hay posiciones aparentemente incompatibles. Sin embargo, el testimonio de la historia nos enseña que, a pesar de las diferencias, se ha mantenido la comunión en el nombre y en el espíritu monásticos. A mi entender, los elementos del N° 9, aunque generales, permiten circunscribir la vida monástica dentro de un conjunto de expresiones externas que, sin delimitarla exhaustivamente, la caracterizan.

En primer lugar, la tradición, que llama monásticas a Órdenes y comunidades determinadas, en razón de su origen y modo de vida o la propia conciencia de las agrupaciones.

En segundo lugar, el servicio de Dios dentro del monasterio, que indica un *Opus Dei* no reducido a la liturgia, pero con un acento en ésta; no se excluye el apostolado, pero se lo practica con características propias dentro de límites espaciales (*intra septa monasterii*).

En tercer lugar, la autoridad de la Iglesia que, como se dice al fin del N 9, puede exigir una coherencia entre la vida apostólica y las obligaciones de la vida monástica, ya que la fidelidad a ésta es un “bien extraordinario de la Iglesia.

En este último párrafo citado están significadas las condiciones que deben reunir las actividades exteriores de los monjes y los límites de las exigencias pastorales de los obispos, ya que del equilibrio entre los compromisos pastorales y la forma de vida monástica, los monjes son responsables ante la Iglesia toda.

Para concluir, digamos que lo propio del monje está expresado en el N° 9. Habrá comunidades más inclinadas a un género de vida encuadrado dentro del N° 7. Para las demás, la permanencia y acrecentamiento de los valores propios de la vida monástica, que reclama el Concilio, hará que su vida se recubra parcialmente con la que señala el N° 7. Tal es la medida con que debemos juzgar las obras de apostolado o de caridad.

La M. Luzía Ribeiro de Oliveira trató acerca de “La *Lectio Divina* como valor fundamental, monástico y formativo”. Además de presentar una serie de “interrogantes que nos interpelan”, dijo la M. Luzía:

Y, de esta manera, nuestra apertura a la Palabra (*ob audire*) en la *Lectio Divina*, dejándonos interpelar o iluminar por ella,

–nos abre el corazón para que, en el *Opus Dei*, “mens nostra concordet voci nostrae”

–nos capacita para discernir;

la voz de Dios

–en los signos de los tiempos;

–en los acontecimientos cotidianos;

–en las relaciones comunitarias-

–en el trabajo (mientras tratamos todas las cosas como “vasos sagrados” y seguimos a Cristo pobre como verdaderos monjes).

Y, sobre todo en el:

*OPUS DEI*, en donde “la búsqueda de ese “unum” que es la unión con Dios, encuentra su máxima expresión”.

La *Lectio Divina*, preparándonos y capacitándonos para que estemos “ad psallendum ut mens nostra concordet voci nostrae”, tiene, en relación a esto, una función básica de servicio y podríamos decir de “magis prodesse”.

De esta manera, la *Lectio Divina*, además de su función de alcanzar profundamente a cada uno en lo más íntimo de su SER, tiene aún la función por así decir “abacial” de servicio al *OPUS DEI*, la Comunidad eclesial orante.

Y, justamente en su aspecto “formativo” –a fin de capacitarnos mejor para discernir la VOZ DEL SEÑOR en todos los momentos de nuestra vida–, la *Lectio Divina* supone en el monje un proceso continuo de formación: formación bíblica siempre profundizada, contacto íntimo y habitual con las fuentes monásticas, atención lúcida a los signos de los tiempos. Todo esto pide aún en nuestros monasterios, un clima que favorezca la atención a Dios y a la comunión orante.

Finalmente el *P. Beda Hornung* tocó brevemente el punto: “El problema de una definición y de la realidad del monacato”. Según él, toda comunidad tiene una doble dinámica: congregada hacia adentro y esparcida hacia afuera. Y sacaba como conclusión:

Cada comunidad tiene esa dinámica del hacia adentro y hacia afuera; las dos diferentes actividades en una misma comunidad, se alimentan mutuamente. Todos reciben su fuerza por la disciplina (orden, estructura en sentido de servicio).

Se puede preguntar cuáles son las obras hacia afuera, según la Regla de San Benito, pero él no define nada, porque se preocupa más bien de la presencia, o sea el ser, no tanto del hacer (no el “qué”, sino el “cómo”).

La Regla fue escrita en y para una sociedad rural. Hoy tenemos el fenómeno de una vida urbana, con todo un estilo de vida diferente, que no existía todavía el siglo pasado. ¿Cuál será la Regla, y por consiguiente cuáles las actividades para un monasterio urbano en el centro de la Metrópoli?

El retiro del mundo se hacía para enfrentar al diablo, quien se creía que estaba en el desierto. ¿Dónde se encuentra hoy el demonio?

La imagen de un Monasterio benedictino puede ser:

- Ecclesiola* (Iglesia local en sentido profético).
- Proyecto piloto de trabajo en equipo.
- Signo de posibilidad de convivencia humana en un ambiente en donde eso parece imposible.

La dimensión eclesial es compartir con los demás lo “contemplado”, arriesgarse en las aguas desconocidas de una nueva situación del mundo y de la vida, experimentarla conscientemente, en la fe, y ser guía pionero, como un cartógrafo de tierras y naves desconocidas observa atentamente los acontecimientos de la historia, verlos y vivirlos en una dimensión transparente.

En base a todo lo expuesto se formularon preguntas, de las cuales se eligieron las siguientes para ser estudiadas por la tarde:

- ¿Cuál sería la imagen del monje?
- ¿Cuál es la misión del monje?
- ¿Cómo se expresaría la dimensión eclesial de los elementos fundamentales de la vida monástica (*Opus Dei, lectio, trabajo*)?
- Características del monacato urbano y diferencias con el tradicional.
- ¿Cuáles son las características propias del monacato latinoamericano?

En la reunión plenaria de este día se leyeron los siguientes informes elaborados por los relatores de cada grupo:

Pregunta N° 1: ¿Cuál sería la imagen del monje?

Creemos que la imagen del monje implica una prioridad de la búsqueda de Dios, a imitación de Cristo y por la imitación de Cristo y que el monje se define por la fidelidad a los valores esenciales de la RB que podríamos resumir en: oración, vida de familia, amor a la Escritura, trabajo adecuado a las circunstancias de tiempo y de lugar, y según una frase de Dom Leclercq: “La carencia de finalidad secundaria” (la *Regla* no la excluye ni la impone).

Pregunta N° 2: ¿Cuál es la misión del monje?

Introducción: Hemos compartido experiencias y vivencias enriquecedoras, sin pretender encontrar una definición perfecta de misión.

1– Clasificación de términos:

Distinguimos entre la función y el papel que se desempeña, actividades como colegios, pastoral, etc., y la misión.

La misión la vemos en el sentido de la teología actual de la Iglesia, que es enteramente misionera. La misión nace de la voluntad del Padre, es un don que se traduce en una función dentro de la Iglesia, considerada como pueblo de Dios en marcha. Como monjes tenemos que insertarnos dentro de este pueblo de Dios concreto en Latinoamérica. La misión está en la línea del “ser” y no del “hacer”. Pero al hablar del “ser” lo entendemos no en un sentido meramente ontológico y abstracto, sino en la línea del “ser histórico” y concreto es decir en la línea de una “vida”, que se va haciendo, de ahí que la misión del monje debe ser algo concreto e histórico y no algo meramente abstracto.

2– Elementos y situaciones que configuran la misión del monje:

a) La formulación que incluye el binomio “acción-contemplación” para definir la misión del monje, se presta a equívocos, en el sentido en que puede insinuar que el monje contemplativo no vive la realidad concreta y no está comprometido en las transformaciones de la historia. De hecho los monjes y los monasterios de la Edad Media fueron factores determinantes para la construcción de una sociedad. En esta línea se puede recordar cómo san Antonio se decide a ir al desierto para luchar, enfrentar al demonio, siguiendo la línea de la Iglesia apostólica y de los mártires. Por eso la misión del monje no está en una actitud de huida, sino de enfrentamiento y lucha contra el mal.

b) La determinación de la misión del monje podría también y de una manera complementaria describirse a partir de las necesidades y urgencias del pueblo de Dios: vacío de Dios, hambre de Dios crisis de la familia.

c) Esto coincide fundamentalmente con lo que muchos experimentan al relacionarse con los monasterios. El pueblo de Dios tiene como una intuición de lo que debe darle el monje. Serían los siguientes valores:

- 1) Un testimonio de verdadera *koinonia*.
- 2) Una comunidad orante.
- 3) Un testimonio de vida evangélica real radical, presencia evangélica plena: El Reino ya está presente.
- 4) Una solidaridad evangélica con los pobres.
- 5) Una crítica profética, crítica a la sociedad de consumo
- 6) Testimonio de fraternidad y de alegría.
- 7) Testimonio de vida humana ordenada y perfeccionada por la *sabiduría*, en sentido bíblico. La sabiduría lleva al hombre a vivir de tal manera que todas las cosas, las personas y los acontecimientos tengan su recta ubicación y así le enseña a gustar los valores de la vida humana y cristiana: el trabajo, la amistad, etc.

8) La misión del monje en América Latina no puede olvidar la realidad que vive el pueblo, que es una situación de esclavitud, que pide su liberación completa. El monje no puede olvidar esta dinámica liberadora.

En resumen, la misión del monje debe considerarse y vivirse desde y dentro de una Iglesia que es pueblo de Dios en marcha, en busca de una liberación y de tal manera que se sienta encarnado en la historia concreta que le toca vivir y no alienado, poniendo de manifiesto los valores antes indicados y de esa manera demostrando que el Reino de Dios está presente.

Pregunta N° 3: ¿Cómo se expresaría la dimensión eclesial de los elementos fundamentales de la vida monástica (*opus Dei*, *lectio*, trabajo)?

Sólo tuvimos tiempo para discutir la manera de expresar el *opus Dei* en su dimensión eclesial. Sin embargo, el principio básico que expresamos para el *opus Dei* se aplica en parte, a los otros dos elementos.

Entendemos por dimensión eclesial una doble realidad: el cenobio como pequeña Iglesia que expresa en particular la vida monástica, y el cenobio como expresión en sí de la vida cristiana. Así cenobio es Iglesia local y, a la vez, Iglesia universal.

La expresión eclesial del *opus Dei* tomaría en consideración ambos aspectos. Partimos de la premisa de que el *opus Dei* es liturgia. Como liturgia, el *opus Dei* es acción del Cristo total, acción de Cristo resucitado junto con su Cuerpo, el pueblo de Dios. Si es acción de Cristo resucitado, el *opus Dei* es una experiencia de salvación para los celebrantes de esta liturgia, para los monjes; la Liturgia de las Horas de una comunidad monástica debe ser expresión de la vivencia auténtica del Evangelio por los miembros de esa comunidad. Como expresión de esa vivencia auténtica, nuestra celebración de la Liturgia de las Horas creará de por sí un ambiente de liberación, el cual es captado por los participantes, particularmente por los demás miembros del pueblo de Dios. Tal celebración será un testimonio vivo del valor de la oración no solo para el monje, sino también para todo el pueblo de Dios. De acuerdo al Dr. Bernardo, laico que tomó parte en la discusión, la mayoría de los laicos (en parte por circunstancias históricas del monopolio de la fuente de la espiritualidad por parte del clero y los religiosos) todavía ven a los religiosos, monjes incluidos, como profesionales de la oración. Una oración que brota de tal vivencia monástica servirá además, de gran inspiración a los demás miembros del pueblo de Dios al estar, encarnada, motivada por toda la realidad que rodea a esa comunidad monástica, tanto local como universal.

El *opus Dei* como acción de la Iglesia requiere o pide la participación de los demás fieles, partiendo del principio formulado por la Constitución sobre Sagrada Liturgia. Los fieles no solo deben, sino que tienen derecho a participar en la Liturgia. Así los benedictinos nos vemos deudores del resto del pueblo de Dios. La celebración del *opus Dei* con el resto del pueblo de Dios expresaría la pertenencia del monje a ese pueblo, a la Iglesia universal. Nuestra liturgia de las Horas debe tomar en consideración este otro aspecto de su dimensión eclesial. Por eso, su renovación debe buscar primero una catequesis a nivel de los participantes que no sean monjes, debe ser sencilla y podría para la celebración con otros miembros de la Iglesia, hacer una selección de salmos, himnos y lecturas.

Pregunta N° 4: Características del monacato urbano y diferencias con el tradicional.

El grupo percibió la necesidad, más aún la urgencia de un monacato urbano; este monacato sería diferente del rural y del suburbano.

Esta urgencia no niega el valor y la indispensabilidad de las otras dos formas:

1°– Los monasterios ya existentes que fueron fundados en la ciudad o que el crecimiento de la misma encerró. Estos monasterios exigirían un replanteamiento, un diálogo existencial entre el monasterio y la ciudad.



2° - Las fundaciones futuras. Aquí habría dos posibles formas:

- a) Monasterios urbanos dependientes de monasterios rurales y con posibilidades de ser sostenidos por el monasterio rural.
- b) Monasterios urbanos independientes y que exigirían un esfuerzo de creatividad, tanto en la estructura como en los signos que lo manifiestan.
- c) Se dijo que este monacato urbano es difícil, exige mucho.

Algunas de sus exigencias serían:

- Compartir con la gente de la ciudad: el ruido, el *smog*, el ritmo acelerado, etc. Esto como una nueva forma de ascesis, como un verdadero martirio ofrecido por estas grandes ciudades.
- Mantener con la gente una mayor comunicación espiritual, compartir nuestra experiencia de Dios.
- A nivel comunitario, exigiría una liturgia inteligible, en todo sentido, para la gente de la ciudad sedienta de Dios y de su Palabra.
- Horarios y lenguaje más adaptados, a la vez que reveladores de la verdadera vida de la comunidad.
- Ser flexible y disponible.
- No serían los monjes los que saldrían a evangelizar, sino que acogerían a la gente que los rodea. En el plano individual:
- Ser monje, plenamente monje.
- Reunir un gran equilibrio y una gran vida interior.

Se concluyó diciendo que tanto para el monacato urbano como para el rural, se necesita una vocación especial.

Pregunta N° 5: ¿Cuáles son las características propias del monacato latinoamericano?

1°– Constatamos en América Latina a nivel de comunidades elementos positivos y negativos. No pretendemos un análisis socio-económico de la situación latinoamericana, sino un análisis de comunidades que respondan a situaciones particulares en América Latina.

No hemos discutido los elementos básicos de la identidad monástica, porque valen para cualquier situación. Comprobamos que todas nuestras comunidades (de esta mesa 5) coinciden respecto al papel fundamental de la vida de comunidad.

Aunque reconocemos que Latinoamérica vive una situación de pecado y no es totalmente homogénea y tiene muchas características negativas, creemos que nuestras comunidades benedictinas pueden y deben ser signos de esa esperanza y alegría, que son el fruto de la vida en Cristo.

2°– Lo que debería ser el monaquismo en América Latina:

Reconocemos y agradecemos el esfuerzo de nuestras abadías fundadoras de Europa y Estados Unidos, pero creemos que nuestras fundaciones deben adaptarse todavía más a las características positivas de nuestros países.

3°- Pistas:

Que la comunidad monástica dé testimonio de esa liberación, de la que tanto se habla hoy día en América Latina, a través de su conversión comunitaria, sin descuidar los aspectos concretos y básicos.

Cuidar y aplicar los elementos positivos de nuestra civilización latinoamericana, dejando ya los elementos europeos y norteamericanos. Estos elementos positivos serían:

- Solidaridad en la comunidad.
- Participación con los demás, dentro y fuera de la comunidad.
- Testimonio de esperanza
- Las relaciones personales propias de nuestra gente.

### **Día 24 de julio**

El tema de este día fue PLURALISMO MONÁSTICO y actuó como moderador el Padre Abad Plácido Reitmeier. La exposición estuvo a cargo del P. *Lorenzo Ferrer*, Prior del Monasterio de Usme (Colombia). Publicamos esta ponencia en otro lugar de este número de CUADERNOS MONÁSTICOS:

Los panelistas fueron el Rdm. Padre Abad Primado *Remberto Weakland*, el P. *Pedro Alurralde*, cuya aportación –al estar él ausente– fue leída por el P. Mamerto Menapace, y la M. *Lúcida Schmieder*. Publicamos igualmente estas tres contribuciones, por lo cual huelga todo comentario.

De acuerdo a lo expuesto se hicieron preguntas y se votaron las siguientes:

- Papel de la autoridad en el discernimiento de los carismas.
- Papel de la comunicación dentro de la comunidad para compartir los carismas.
- Cómo integrar los carismas personales en la vida comunitaria.
- Criterios para asumir un trabajo nuevo en las Iglesias Latinoamericanas hoy.
- ¿La situación pluralista del mundo moderno sugiere o exige la modalidad de un monaquismo temporal?

A modo de ilustración transcribimos el informe de los grupos 2 y 3.

Pregunta N° 2: Papel de la comunicación dentro de la comunidad para compartir los carismas.

Se señalaron las dificultades y aciertos: Se hizo notar la dificultad de los monjes de “edad media” para la comunicación, por no estar acostumbrados a practicarla. Su formación no los ayudó. Otras dificultades: por la diferencia de temperamentos, edades, ideologías, falta de formación para el diálogo, se habla mucho, pero no siempre hay verdadera comunicación, no llegamos a entendernos bastante.

*Medios que favorecen la comunicación en algunas comunidades:* Reuniones de comunidad, oración en común, reflexión sobre los textos de la misa, practicar algún deporte en comunidad, recreos, trabajos en común, preparar juntos las fiestas, lectio compartida de vez en cuando.

Se hizo notar que en general la comunicación es más fácil en el plano humano de trabajo, por ejemplo, y es más difícil en un plano espiritual; valor de la estima mutua, la amistad como escuela de comunicación.

*Elementos que facilitan la comunicación:* Quererse bien, aprecio del otro, oír al otro, saber escucharlo, descubrirlo en lo que tiene de diferente e igual, creer en los demás, en lo que pueden ser, en lo que valen.

Papel del superior en la comunicación:

- El superior puede facilitar o dificultar la comunicación:  
Por no estar siempre disponible.  
Por dramatizar algunas veces la situación, en vez de desdramatizar.

No debe intimidar al monje.

- El superior no lo sabe todo, no siempre tiene razón, no tiene todas las respuestas.
- El busca junto con el monje la voluntad de Dios, su carisma de discernimiento es para ayudar, asegurar la búsqueda, no para impedirla.

Es coordinador de adultos y la comunidad también debe aceptar la limitación de su superior y esto es señal de su grado de madurez y causa de maduración.

- La comunicación con el superior es importante para que él pueda desempeñar mejor su cargo.

El abad hace a la comunidad y la comunidad al abad, pero ambos tendrán que decir: “Yo no soy el Cristo”.

También se señaló la utilidad de las técnicas de psicología como ayuda, pero sólo como ayuda, teniendo cuidado de no caer en el psicologismo, en no fomentar una introspección poco sana.

Pregunta N° 3: ¿Cómo integrar los carismas personales en la vida comunitaria?

La comunidad debe, en primer lugar, tener conciencia y aceptar leal y enérgicamente, que ella tiene una función propia dentro de la misión total de la Iglesia: revelar a los hombres, dentro y fuera de la comunidad estrictamente hablando, que todos ellos están llamados a la “plena libertad de los hijos de Dios”, ya realizada en Jesucristo Resucitado.

A partir de esta visión, el grupo considera que para integrar los carismas personales, la comunidad debe dar margen a la imaginación, necesaria para crear los medios de conocimiento de los dones de cada uno de participación y corresponsabilidad, que permiten a cada uno llegar a la plena madurez humano-evangélica. En este particular, el papel del abad es garantizar y animar el intercambio, la puesta en común, el diálogo interno, el respeto recíproco, con todas sus tensiones. Mas haya siempre sensibilidad y apertura a la comunidad eclesial y humana concreta en que se inserta la comunidad, dócil a las llamadas de Dios, sobre los criterios de liberación integral de cada hombre y de todos los hombres.

También se recomienda la revisión de funciones para estimular la creatividad y el desenvolvimiento de los diversos carismas y dones.

Y no se olvide en el discernimiento de los carismas personales y de las funciones de la comunidad, que no hay carisma a-histórico, todos sirven al designio de Dios, a la historia de salvación que se inscribe misteriosamente en la propia historia humana concreta.

## Día 25 de julio

El tema de la jornada fue ORACIÓN Y CONTEMPLACIÓN, actuó como moderador el Padre Abad de Santa María de Medellín, Dom Cesáreo Figueras. El tema estuvo a cargo del P. Jaime Reyes del Monasterio de S. Antonio Abad de Humacao. Puerto Rico.

Trazó el plan de su ponencia diciendo:

Me limito a la contemplación en general según la he reflexionado en la vida de Jesús, en la Regla de S. Benito y en la vida monástica de hoy día, sin descender a las formas concretas que podrían servir como marco fomentador de la contemplación. En cuanto a la Liturgia de las Horas propondré sugerencias o interrogantes con relación a la homilía, la oración presidencial, el lugar de oración, la salmodia y otras reuniones de oración en la vida monástica.

Luego analizó la “contemplación” en el Nuevo Testamento, entre otras cosas dijo:

La vida contemplativa de Jesús fue la ofrenda en el Espíritu de toda su vida, estuviese solo o acompañado, en el monte, en el desierto, en la ciudad. Todo lo que hacía estaba animado por el Espíritu, que convertía Sus palabras y obras en ofrenda viva al Padre (cf. *Ef* 6,18).

Por ende, la vida del cristiano es el culto en el Espíritu de la vida entera, ya el cristiano se disponga a ese culto, ya lo haga presente, ya lo continúe (cf. *Rm* 12,1-2). Es comunión con el Resucitado mediante el cual ofrecemos sacrificios espirituales y anunciamos sus alabanzas al llamarnos de las tinieblas a su luz admirable (cf. *1 P* 2,5. 9).

Abordó luego la “contemplación en la Regla”. Pasó después a analizar “la contemplación hoy día” y dijo:

No hay duda de que la contemplación es un carisma, pero todos los carismas en el Cuerpo de Cristo están ordenados y subordinados al carisma por excelencia que es el amor hacia el Señor y hacia los hombres (cf. *1 Co* 12-13). En este contexto no creo que debamos rechazar todas las obras exteriores de amor fraterno como acciones impropias de un contemplativo. Jesucristo no las rechazó y El es el maestro de la verdadera contemplación. Tenemos que tomar en serio la misma palabra de Dios que nos interpela y cuestiona nuestra noción de contemplación. “Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?” (cf. *1 Jn* 3,17-18). “A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y Su amor ha llegado en nosotros a su plenitud” (cf. *1 Jn* 4,12). “Pongan por obra la palabra de Dios y no se contenten sólo con oírla, engañándose a ustedes mismos” (*St* 1,22). La contemplación como experiencia del Resucitado, se extiende a todas las dimensiones de la vida humana.

Pasó luego el Padre Reyes a exponer una serie de sugerencias relativas a la Liturgia de las Horas, según los siguientes guiones:

- Homilía
- Oración presidencial
- Lugar de oración
- Salmodia
- Otras reuniones de oración Concluyó diciendo:

A pesar de lo mucho que nos queda por hacer para que la contemplación en nuestra vida monástica se oriente más por el camino trazado en el Evangelio y para que la Liturgia de las Horas sea una verdadera experiencia viva de la presencia del Resucitado como Maestro, Profeta y Médico, le doy gracias al Señor por vivir en esta época de renovación y le pido que nos dé luces para que, viendo el momento en que

nos encontramos en su Plan de salvación, pongamos todos nuestros esfuerzos en vivirlas.

Los panelistas de este día fueron el P. *Abad Eduardo Ghiotto* de la Abadía del Niño Dios (Entre Ríos-Argentina), el P. *Mamerto Menapace*, prior de Santa María de los Toldos (Argentina) y la *Madre Abadesa Mechtildis Vilaça Castro*<sup>1</sup> de la Abadía de Ntra. Señora del Monte en Olinda (Brasil). Publicamos la aportación del Padre Abad Eduardo Ghiotto aparte. La Madre Mechtildis dijo en síntesis:

Esta es la hora de Jesús. Es la Hora de Él en América Latina, África, Europa, etc. Y por lo tanto es la hora de la oración.

El Padre Mamerto dijo entre otras cosas:

Creo que el monje latinoamericano tiene hoy una misión especial en su ser de hombre contemplativo en oración. El alma indolatinoamericana de nuestros pueblos tiene una especial capacidad de vibración frente a las cosas. El monje latinoamericano puede ser alguien que lleve eso instintivo a una forma consciente y lo convierta en fuente de oración.

América Latina tiene hoy una historia tremendamente rica en signos del actuar de Dios. Como monjes no podemos cerrar los ojos a la verdad. Hay un verso de un filósofo y poeta campesino que dice:

“Cuando no se quiere ver  
¡no hay más que cerrar los ojos!  
Pero no es bueno, a mi antojo,  
ser ciego y por voluntad:  
castiga más la verdad  
en rancho que usa cerrojo” (José Larralde).

El monje latinoamericano puede ser un ser profundamente vulnerable y sensibilizado en su fidelidad a Dios y a su pueblo, llevando esas tensiones hasta los oídos de Dios, hechas súplica y alabanza.

Y finalmente creo, que a nosotros monjes, nuestro pueblo cristiano tiene derecho a pedirnos que seamos rumiantes de la Escritura a fin de ir creando una espiritualidad profundamente simple y anclada en la palabra de Dios. Oración que se exprese utilizando las formas en que nuestro pueblo canta y reza: con gusto por los colores y el ritmo.

Si el monje latinoamericano tiene capacidad contemplativa y es un ser en oración, pienso que de a poco nuestras comunidades sabrán encontrar en cada caso y en cada geografía de nuestra Patria Grande, la forma concreta de entregarlo a nuestro pueblo. Serán las exigencias concretas y las posibilidades humanas con que cuente la comunidad, las que nos indicarán qué es lo que en lo concreto nos pide Dios en cada lugar en que nos ha querido suscitar.

Una copla popular que encierra la sabiduría del pueblo expresa esta necesidad de comunicar lo que lleva en el alma, a fin de que dando se crezca:

“Moneda que está en la mano  
tal vez se pueda guardar;  
la que está dentro del alma  
se pierde si no se da”.

---

<sup>1</sup> Lamentablemente a la hora de hacer esta crónica no hallamos la comunicación de la M. Mechtildis, que gustosamente habríamos publicado.

En base a todas estas exposiciones se elaboraron las preguntas, como lo hacíamos todos los días, y resultaron votadas las siguientes:

- ¿Qué valores de contemplación nos aporta nuestro pueblo latinoamericano y cómo podríamos integrarlos en nuestra vivencia monástica?
- ¿Qué respuesta dan nuestros monasterios a la forma de oración suscitada hoy por el Espíritu Santo?
- Formación para la oración, para la *lectio* y para la ascesis.
- ¿Cómo enriquecer nuestra oración monástica a partir de los acontecimientos de América Latina?
- ¿A qué tipo de contemplación invita la Regla de San Benito?

Las reuniones en grupos de este día (cada grupo tomaba una pregunta) fueron muy ricas pero no tradujeron toda esta riqueza en el plenario. Damos los informes de los dos primeros grupos, a modo de ejemplo:

Pregunta N° 1: ¿Qué valores de contemplación nos aporta nuestro pueblo latinoamericano y cómo podríamos integrarlos en nuestra vivencia monástica?

Valores positivos:

- Ligazón con la naturaleza, sentido del cosmos.
- Necesidad de lo sacro, sentido religioso.
- Aguante para el sufrimiento en el dolor... en situaciones adversas, capacidad de inmolación, sentido de oblación.
- Identificación con imágenes religiosas dolientes: Cristo sufriente, mártires, etc.
- Devoción al Ssmo. Sacramento: veladores, adoradores, cofradías.
- Devoción mariana.
- Idea del “sacrificio”, ofrendas, mandas, peregrinaciones...
- Sentimiento de pecado, reparaciones, satisfacciones, mandas.
- Sentido de la esperanza, anhelo de felicidad (a veces atropellado), tendencia escatológica.
- Apertura a Dios, presencia de Dios, querer señalar su presencia en todos los acontecimientos: “Dios lo quiso”, “Si lo quiere Dios”...
- Vitalidad y dinamismo de los jóvenes, unidos a un enorme interés por los valores trascendentes y humanos... deseo de orar: Lucha y mística...
- Presencia de valores humanos (evangélicos): Hospitalidad, acogida, fraternidad, ver en todos a un hermano (y a Cristo).
- Liderazgos, delegaciones.
- Cohesión, agrupaciones, cofradías de santos, mayordomías, padrinazgos, gremios.
- Apertura al afecto y contacto humanos.
- Sensibilidad, sentimental... soñador... emotivo... artista... artesano.
- Sentido del signo: flores, veladoras, incienso, colores, etc.
- Sentido de la “fiesta”, “celebración”.
- Alegría, ritmo, canto, cantar juntos, expresión corporal.
- Sentido de la gratuidad.
- Estimar las culturas prehispánicas que tuvieron vivencias de tipo monástico, permanente y temporal, cuyas raíces a veces subsisten. Ej.: guaraníes, incas, mayas, nahuatlacas...

Valores negativos:

- Concepción dualista de lo “sacro”, “profano”.
- Religiosidad popular primitiva, a veces pre-evangélica, o de catequesis y evangelización “a medias”.
- Sincretismos, permanencia de raíces culturales religiosas.

–A veces sentimientos fatalistas, y falta de energía vital.

### *Cómo integrarlos*

- Tener interés por estos temas tan descuidados, prepararlos, buscar formación: Historia... Historia de la Iglesia particular...
- Adaptar la Liturgia... Eucaristía, Sacramentos... Horas, con inventiva y creatividad.
- Aprovechar los rezos populares para completar el mensaje evangélico.
- Sumo respeto al nivel religioso popular, encontrarlos en donde están, asumir su realidad y a su paso caminar hacia una mejor vivencia litúrgica...
- En el interés por lo regional, no quedarse en superficialidades “folklóricas”.
- Fomentar los valores positivos que se encuentran ya en el pueblo, con larga paciencia y comprensión afectuosa.
- Reconocer las fallas en actitudes catequéticas, pastorales y litúrgicas.
- Saber formar a los jóvenes que vienen.
- ¿Por qué más bien se quedan en los monasterios los hijos o descendientes de inmigrantes y no los autóctonos?...
- En la liturgia “celebrar” los “acontecimientos” de la Historia que son libertadores y que ayudan a ir construyendo su esperanza.

Pregunta N° 2: ¿Qué respuesta dan nuestros monasterios a la forma de oración suscitada hoy por el Espíritu Santo?

Esta pregunta la cambiamos por la siguiente:

¿Cuál es el aporte que la Orden Benedictina puede ofrecer al movimiento carismático?

A un primer peligro que podría presentar el movimiento carismático, el de formar un grupo cerrado dentro de la comunidad, el monasterio puede darle un aspecto social, puede servir de experiencia para los demás.

A un segundo peligro, el de hacer una teología demasiado simplista sobre los textos de la Escritura, teología no tradicional, la Orden puede darle un fundamento teológico profundo.

A un tercer peligro, el sentimentalismo, la Orden puede ofrecerle el arte. El arte es el que controla la emoción. Nuestra liturgia debe edificar a los demás (S. Benito: que cante el que sabe cantar). Es necesario un control de las emociones en la oración.

Necesidad de la prudencia y de un guía que regule.

El debate del plenario terminó con las palabras del *Rdo. P. Abad Primado* que fueron recibidas, como en todas sus intervenciones, con un aplauso de aceptación y de entusiasmo. Dijo:

Creo que nosotros hemos discutido mucho sobre la estructura del Oficio Divino, pero el problema no es un problema de estructuras, es un problema de contenido personal. Y para mí nuestra contribución es un foco de fe; cuando los jóvenes o los adultos vienen al monasterio, vienen a buscar un lugar de fe, de fe auténtica. Y falta un poquito de autenticidad de nuestras vidas. Y la solución no es cambiar la estructura del Oficio Divino, sino cambiarnos a nosotros mismos. Creo que dos remedios son necesarios: más *lectio divina*, como dijo la Madre Abadesa de Belo-Horizonte. Esto es, nuestra fe debe ser más sólida, es la luz que tenemos en nosotros la que debemos compartir con los otros. Y en segundo lugar, que las relaciones fraternas de la comunidad sean el resultado de nuestra plegaria. Y es imposible dar a los otros un testimonio, una lección de fe, de plegaria, de oración si el testimonio personal de la comunidad no es auténtico. Y hoy en día creo que es muy importante una comunidad de alegría, de esperanza, de fe, con aporte de *lectio divina*, con apoyo de *lectio divina* profunda. Y así cuando los jóvenes

vienen a nosotros, a nuestros monasterios ven una auténtica comunidad cristiana. Esta es la oración que toda comunidad debe presentar.

## **Día 26 de julio**

El tema fue INSERCIÓN EN LA IGLESIA LOCAL; actuó como moderador el Padre Abad del Monasterio de San Benito de Río de Janeiro (Brasil) Dom Ignacio Accioly.

Esta jornada sería un poco diferente de la de los días anteriores. Hubo solamente una exposición, la del conferencista, sin panelistas. Además a la tarde no hubo reunión de grupos, sino un largo plenario, en el cual a pesar de ser “largo” solamente pudieron abordarse las dos primeras preguntas de las cinco presentadas.

El tema estuvo a cargo del Padre Abad de San Benito de San Pablo (Brasil) Dom *Joaquín de Arruda Zamith*; publicamos aparte su ponencia. Como complemento de su exposición el Padre Abad Joaquín repartió dos Documentos de la Comisión Episcopal Regional Sul I-CNBB (Brasil), titulados “La Vida Religiosa en la Iglesia Particular”.

En base a la excelente exposición del Padre Abad, se elaboraron diferentes preguntas y fueron votadas las siguientes:

- ¿Cómo lograr que los monjes sean más conscientes de su misión en la Iglesia local?
- Criterios para aceptar tareas pastorales por parte de una comunidad monástica en su Iglesia local.
- ¿Qué es lo que el Obispo, los presbíteros y los fieles de una Iglesia particular tienen derecho a esperar de una comunidad monástica?
- ¿Es opcional o no, luchar por los oprimidos?
- ¿Qué es lo que una comunidad monástica espera de su Obispo en la Iglesia local?

Transcribiré algunas aportaciones del plenario respondiendo a estas preguntas, lamentando una vez más no poder presentar a nuestros lectores todo el material completo.

Dijo el *Abad de Olinda, Dom Basilio Penido*:

Yo quisiera decir la experiencia que estamos haciendo en el nordeste donde hay muchas comunidades benedictinas. Más, creamos una organización paralela a la CIMBRA. La CIMBRA es la organización para todo Brasil y para reuniones como estas de aquí. En nuestra organización del nordeste hacemos dos o tres reuniones por año donde concurren todas las comunidades completas. Cada comunidad asiste con la totalidad de sus miembros. Pasamos un día entero juntos. Realmente allí es mucho más fácil concientizar a toda la comunidad. Lo estamos haciendo desde hace dos años y el resultado me parece muy bueno. Yo no sé de otras experiencias análogas en otros lugares. Pero me parece interesante sugerir que se haga algo similar, pues resuelve aquel problema a que se aludió, de la dificultad de las comunidades de aceptar lo que nosotros reflexionamos aquí.

El P. *Jesús M. Sasías*, de Caracas, expresó:

Me parece que hay un peligro en la comprensión del término “local”. Entonces a mí se me ocurre lo siguiente, dado que *Lumen Gentium* y *Christus Dominus* del Vaticano II presentan la teología de la Iglesia local ligada a la universal como dijo bien el Padre Abad esta mañana, las relaciones monasterio-Iglesia local se sitúan en el contexto de la Iglesia universal... ya que el testimonio propiamente monástico debe garantizar de por sí valores universales como la trascendencia de lo Absoluto, los valores del Reino, también, me parece, la fraternidad en Cristo, la atención continua a la palabra de Dios, la oración, la penitencia. Me parece que no



hemos hablado nada de todos estos valores universales, vividos en un movimiento común y por tanto en comunidad universal, y que son por tanto también no una experiencia pasajera, sino en comunión con todo el Cuerpo Místico de Cristo; entonces aquí se amplía muchísimo más, me parece, el horizonte de los valores que se manejan en el monacato aunque estén insertados en una Iglesia local concreta. De este modo, me parece que la vida monástica aunque no concierne a la estructura jerárquica de la Iglesia pertenece sin embargo de modo indiscutible a su vida y a la nota de la santidad, que es lo que dice *Lumen Gentium*, 44.

Dijo el P. *Beda Hornung*, también de Caracas.

Veo al monje sencillamente como el que vive en el fondo, en la profundidad, en la transparencia. De esta manera está garantizada la universalidad... Para entrar en algo práctico, me parece que es muy importante hoy tomar contacto con los medios de comunicación social, estudiarlos, y ver la transparencia de los acontecimientos. Yo he hecho desde hace poco con los novicios que están a mi cargo, el ensayo de reunirlos a la mañana un corto tiempo, para compartir las noticias del día. Pero no solo por ser noticia o porque es interesante, sino para ver lo que es realmente nuevo, dónde está el dedo de Dios en el acontecimiento. Tratamos también de sacar signos de esperanza de estas noticias y terminamos esta pequeña reunión con oración, con intercesiones...

La intervención de la M. *María San Pablo Durán* (México) fue la siguiente:

A mí me parece indispensable que se estudie la realidad local, tanto en el aspecto religioso como social, político y económico, no para entrar directamente en línea de acción, sino tomando en cuenta su marco doctrinal de los valores monásticos; pero se me hace imposible que una persona puede solidarizarse con la realidad si no conoce la realidad y aún más diría no solo desde estos puntos de vista, sino la planificación que el Obispo ha hecho con su clero, conocerla en los monasterios, pues de esta manera la oración tendrá ese sentido evangelizador. A mí me ha confirmado mucho ese documento que nos mandó el Abad Primado desde Roma sobre el *Opus Dei*. Y me ha impresionado muchísimo cómo la oración es evangelizadora, es Pascua, es la Historia de Salvación. Yo estoy totalmente de acuerdo con esto pero creo que debe partir de una realidad, del objetivo que el Obispo, que una Iglesia local, presente para ese lugar. Me parece que es una forma de que el monasterio pueda estar participando desde dentro. Yo no pretendo que los monjes salgan a la acción... si alguien lo quiere tampoco estoy contra él.

Dijo el P. *Lorenzo Ferrer*

Más de una vez quienes han venido al monasterio han comentado que nos encontraban muy informados, contrariamente a lo que se imaginaban. Ya que se imaginan que los monjes se apartan del mundo, no leen, no escuchan la radio, no leen los periódicos. Y entonces les sorprende encontrar que los monjes están al tanto de la problemática local y universal. . . Es necesario tomar distancia no para hacerse ausentes a la Iglesia local, sino para tener una visión más amplia. También está el peligro de que entendamos muy bien los problemas de lejos y no entendamos los problemas de los vecinos, aquí también se exige un equilibrio; pero creo que en el momento en que perdamos nosotros esta distancia que es la separación del mundo, perderemos universalismo, quedaremos inmersos en lo inmediato. El Párroco no tiene más tiempo que para los problemas de la Parroquia... En cambio el monje está a una cierta distancia y ve las cosas en perspectiva y relativiza lo inmediato. Es un servicio a la Iglesia local que haya un lugar donde se reflexione en profundidad y con una mirada más amplia, más ecuménica.

La Hna. *María Cándida Cymbalista* dijo:

Creo que la Iglesia local necesita de la existencia de los monasterios como una expresión de su vida. Y el monasterio es –como en el caso de la Iglesia universal– el corazón de esa Iglesia local: es decir el lugar más seriamente interior, más seriamente espiritual. Con un detalle: No se

trata de estar sí o no vinculado con las autoridades jerárquicas, no se trata de conocer sí o no todo lo que ocurre en la Diócesis. Se trata de un lugar donde las alegrías de la Iglesia local, igual que sus pecados, igual que sus tareas, son asumidas en profundidad, en oración y en intensidad de vida evangélica. A la vez que corazón, creo que el monasterio debe prestar el servicio de un lugar donde el Señor invita a “venir a descansar”. Es decir que dentro de la Iglesia local debe ser un lugar “separado” donde los fieles cansados, llenos de ruido, preocupados, afligidos, encuentren siempre posibilidad de paz, silencio, experiencia de Dios, oración. Su inserción no es tanto un ir sino un acoger. Pero siempre con seriedad, con sinceridad. Cuando en una Diócesis los fieles, necesitan retirarse con Jesús al monte, el monasterio debería ser ese monte. No se trata tanto de un “hacer” como de un vitalizar y dar algo que las otras instituciones y núcleos como tales no pueden dar. Y en esta donación el monasterio no debe sentirse importante, pues simplemente cumple con su deber, con su misión. No siempre las comunidades han tenido conciencia de que viven para la Iglesia y en la Iglesia, y no para sí. Pero el Concilio ha ayudado a acrecentar esta dimensión eclesial, gracias a Dios.

La intervención de la *M. Chantal Modoux* Priora del Monasterio del Encuentro de Curitiba (Brasil), fue largamente aplaudida y la reproducción de sus palabras tendría que estar acompañada de la calidez y de la fuerte personalidad de la Madre Chantal.

Dijo:

Realmente no tengo nada que decir, pues nuestra vida es tan simple... trabajamos con el pueblo que nos rodea. ¡Es simple por demás! Los vecinos vienen al monasterio para pedir un instrumento, ropa, cualquier cosa... ¡es inexplicable! ¡Qué simple es nuestra vida! Todo el mundo va allí, y así llegan para pedir consejo, para pedir remedios... la gente llega, y tratamos de que cada circunstancia sea una eclosión del Reino. Los pobres que nunca tuvieron quien los quisiera escuchar, dicen que son tratadas como personas humanas, con cariño... Yo siempre digo ¡mi Dios!, el día en que ese pobre vaya al cielo y tenga que descubrir la bondad de Dios, ¿cómo la va a descubrir si aquí en la tierra no tuvo alguna vez la ocasión de ser amado? Esta es nuestra única preocupación.

Reproducimos finalmente la intervención del *Rdmo. Padre Abad Primado*:

¿Cómo lograr que los monjes sean más conscientes de su misión en la Iglesia local? Creo que la dificultad es un poquito nuestra cultura con sus valores y sus deficiencias. Esta mentalidad de la cultura capitalista con su mística, etc., ha penetrado también en los monasterios. El valor de un monje es lo que él produce. Y debiera estar convencido de que mantener vivos en la Iglesia los valores trascendentales es un servicio. Y más grande, más eficaz que los otros trabajos de una sociedad de consumo. Si no podemos convencer a nuestros monjes de esta perspectiva espiritual, creo que nuestra vida es inútil.

## **Día 27 de julio**

Ese domingo resultará inolvidable para todos los participantes del Encuentro. A las 8,30 salimos rumbo al Monasterio de Santa María de la Epifanía de Usme. Atravesamos la ciudad de Bogotá y penetramos en la montaña. Dios creó todo esto para que nosotros lo miremos, diciendo con El ¡qué bueno es esto! como el día en que salió de sus manos de Padre. En Usme visitamos el pequeño y colonial monasterio del “Padre Lorenzo”, allí rezamos la Misa, luego visitamos la construcción del nuevo monasterio, bien adelantada y que sin duda facilitará el crecimiento numérico de la Comunidad. Junto a la edificación, entre los materiales de la misma –como un verdadero signo– rezamos la Hora Media, luego el almuerzo en el Noviciado de las Hermanas Siervas de Cristo Sacerdote, y a las 14, con la puntualidad a la que ya nos había acostumbrado el Padre Lorenzo Wagner, dejamos Usme, con el corazón dilatado por tanta fraternidad, y con los ojos cargados de belleza, y nos dirigimos al Monasterio de El Rosal, fundado en diciembre de 1960 y perteneciente a la Congregación de Santa Otilia. Ocupa una especie de chacra, llena de árboles, con un pequeño lago, y donde todo habla de la

capacidad e idoneidad de trabajo de estos monjes, que además de recibirnos con exquisita hospitalidad, nos mostraron, entre otras cosas, sus talleres de carpintería y ebanistería.

Después de pasar la tarde allí, a las 17.30 regresamos al Monasterio de Tibatí, muy felices y descansados.

## **Día 28 de julio**

El tema de esta última jornada de estudio era MONAQUISMO Y DESARROLLO INTEGRAL, actuando como moderador el Padre Leo Rothrauff, hasta hace poco Prior del Monasterio de Vinhedo (Brasil), y actual Presidente de CIMBRA, El conferencista fue el Abad de Bahía (Brasil) *Dom Timoteo Amoroso Anastasio*. Los panelistas de este día fueron el *Abad Basilio Penido*, el *P. Marcelo de Barros Souza*, de la Abadía de Olinda, y el *Hno. Samuel Barreto*, del Monasterio de Ñaña (Perú).

El *Abad Timoteo* después de la introducción dijo que cambiaría el nombre del tema “por este otro más bíblico y radical: MONAQUISMO Y PROCESO DE LIBERACIÓN EN AMÉRICA LATINA”. Seguidamente hizo una exposición-justificación de este cambio. Dijo:

El término desarrollo significó, en una primera aproximación, las aspiraciones del hombre de hoy a condiciones de vida más humanas. Por su historia, el término está ligado al aumento de riqueza y elevación del nivel del bienestar.

La insuficiencia de esta perspectiva condujo a otra más importante y hoy más frecuente, sobre todo con el énfasis significativo del adjetivo “integral”:

proceso social global, en el cual se introduce una dimensión ética que poco a poco se explicita en una perspectiva humanista, que debe mucho a François Perroux.

Pero recientemente el término comenzó a ser objeto de severas críticas, a consecuencia del poco acierto evidente de las políticas desarrollistas propuestas a los gobiernos de los países subdesarrollados o por ellos adoptados. Desgraciadamente eran iniciativas promovidas por organismos internacionales en estrecha relación con gobiernos y grupos que tienen en sus manos la economía mundial, incapaces, por tanto, de poner en tela de juicio el cuadro institucional existente. Bajo tal aspecto, el término es sinónimo de modernización y reformismo, con todo lo que esto implica de timidez o insuficiencia para alcanzar una verdadera transformación.

Los países pobres toman cada vez más conciencia de que su subdesarrollo es el mero subproducto del desarrollo de los otros, de los cuales dependen de modo injusto y opresivo.

Como esto revela un estado ineludible de conflicto, parece más adecuado y más rico hablar de proceso de liberación.

Después de completar esta “justificación”, entró a desarrollar a modo de tercer punto el “Contexto doctrinal”, según el siguiente esquema trazado por él mismo:

Dada esta explicación pasamos adelante. Intentaré delimitar lo esencial de las nociones básicas, ya adelantadas en estos preámbulos, sobre la dimensión histórico-política del compromiso cristiano de la fe.

Veremos rápidamente el sentido clásico de la teología política, la nueva teología política europea y, finalmente, el sumario del pensamiento teológico latinoamericano. En seguida, en el número IV, el cuestionamiento que tales doctrinas significan para el monaquismo en América Latina.

En lo concerniente al “pensamiento teológico latino americano”, dijo entre otras cosas<sup>2</sup>:

---

<sup>2</sup> El pensamiento latinoamericano, se opone a la secularización y al integrismo y rechaza el desarrollismo, que tiende a transformarse en la ideología de Occidente para perpetuar la dominación del mundo occidental, en sus centros de poder, sobre los otros continentes.

El fin de esta liberación es extremadamente amplio: Los pobres deben ser liberados en todos los aspectos: del pecado, de la esclavitud psicológica, del miedo, de la rutina, de la indolencia, de los prejuicios, de los sufrimientos. De las restricciones sociales. Del sistema de dominación, que oprime a las mayorías. Del sistema económico que es la base del sistema de dominación difundido en el mundo entero y que, en nuestro continente, mantiene en la dependencia a las economías locales, que a la fuerza son condenadas al subdesarrollo, el cual no es una etapa del crecimiento, sino una regresión injusta, mortal para inmensas mayorías.

En una sociedad en que los hombres están envueltos en relaciones de largo alcance, la vivencia efectiva de la caridad exige su dimensión colectiva, es una “macro-caridad” que conoce la situación de pecado institucionalizado en las estructuras de opresión, y a partir de ahí, proyecta la acción liberadora, que transformará la sociedad, en la línea del cántico de la Virgen María: derribó a los poderosos y enaltecio a los humildes.

¿Cómo se llegó a esta posición?

Fue a partir del hombre latinoamericano, explotado y marginado, como la pastoral redescubrió su dimensión profética. Este compromiso supone, evidentemente, *un análisis de la realidad*, pero sin identificarse con cualquier ciencia positiva o ideología. Conoce la realidad de explotación y miseria y traduce teológicamente esta situación como “estado de pecado” (Medellín, I, 1), “violencia institucionalizada” (ib. II, 16), término que aparece por primera vez en un documento oficial de la Iglesia.

Pecado y violencia sociales indican la opción de la Iglesia: solidarizarse con los pequeños y trabajar por la liberación del pecado social que los oprime.

La teología de la liberación, que a partir del 70 irrumpió en América Latina, es la consecuencia de su compromiso pastoral-profético asumido en Medellín.

Su originalidad consiste en incluir, como inherente, la realidad latinoamericana. Su método impone como punto de partida un análisis de esta realidad con el auxilio de las ciencias competentes.

El Padre Abad pasó luego al cuarto y último punto de su exposición titulado “Los monjes y la liberación en América Latina”. Extractamos los más importantes párrafos:

Sufrimos, efectivamente, las consecuencias de la ideología de los conquistadores y colonizadores del Nuevo Mundo, prolongadas a través de las peripecias y conexiones de la historia, en la ideología de las clases dominantes y del mundo cultural que ellas crearon, cuna de las ambigüedades inherentes al sistema establecido.

Y sufrimos la ideología propiamente fundada en los conceptos de contemplación que hemos recibido. Y es una lástima, ya que la Regla de por sí, muestra una saludable inmunidad ante estas tradiciones que vienen de lejos y que pasan por Casiano, que es, entendiéndolo, *cum grano salis*, uno de los grandes maestros monásticos de S. Benito. Mas, con qué admirable criterio, éste sabe discernir las doctrinas del gran monje, como por ejemplo, la doctrina semi-pelagiana que Casiano transmite en las *Colaciones*. Solamente después de San Benito los ambientes monásticos se dejan influenciar nuevamente por las místicas platonizantes.

(...)

Además, dígase de paso, que el Decreto *Perfectae caritatis*, definiendo elementos comunes a cualquier forma de vida religiosa, asevera que “los miembros de cualquier instituto, buscando antes que todo y únicamente a Dios, deben unir la contemplación, por la cual nos unimos a Él de corazón y de mente, al amor apostólico que los impulsa a asociarse a la obra de la redención y a

extender el Reino de Dios” (n. 5). Es un texto bastante exorcizado de los conceptos de contemplación impregnados de dualismo.

Muestra que la contemplación es, en primer lugar, adhesión total a Jesucristo y encuentro “experimental” con él. Pero, inseparablemente, es también encuentro de Cristo en el hermano. El primero subraya la trascendencia del cristianismo; el segundo, la presencia del Señor en la persona del hermano. Este prójimo, como decíamos, no es solamente aquel a quien llegamos dentro del sistema de relaciones cortas, a que ya hemos aludido, sino también aquellos a los que llegamos a través de la mediación de las estructuras sociales.

No es que la contemplación así entendida reduzca la fe a una dimensión histórico-social. La fe trasciende las situaciones sociales, pero éstas le confieren un contenido colectivo. Cristo hallado en la oración, se prolonga en el servicio del hermano -y esto es lo que nos juzgará: “lo que hicisteis a uno de estos pequeños, a mí me lo hicisteis”.

No se trata, pues, de poner la oración contemplativa al servicio de los quehaceres profanos o también apostólicos. Sería una manipulación pragmática. Se trata eso sí, de desentrañar de la gratuidad y de la trascendencia de la contemplación todas sus virtualidades *intrínsecas*, más allá del circuito privado en que cierto concepto de contemplación la quiere encerrar.

(...)

El tema del desierto, fundamental a la vocación contemplativa, relativiza la materialidad geográfica, mostrando su sentido profundo: salir de sí mismo en seguimiento de Cristo, en el perfecto despojamiento, en la pobreza radical, que incluye necesariamente la salida del sistema de opresión a *saeculi actibus se facere alienum*.

Estamos aquí ante el despertar de una espiritualidad auténtica, que es, a mi juicio, el gran mérito de la teología de la liberación, en el umbral de un *mundo cultural* diferente de aquel en el cual fuimos formados y que es aquel en que de facto vivimos en América Latina.

El monaquismo siempre supo encarnarse, como la propia Iglesia, en las culturas sucesivas, procurando siempre encarnar así el evangelismo puro de la Regla. La cultura ambiente no cambia solo cuando pide una respuesta en su propio dominio; cambia, además cuando entramos en el mundo cultural de los pequeños y de los oprimidos, que descubrimos como una situación de pecado, cristalizada en estructuras de injusticia y de dominación que reclaman el programa misionero de Cristo: “El Espíritu me envió para anunciar la buena nueva a los pobres, para sanar a los contritos de corazón, para anunciar a los cautivos la redención, a los ciegos la vista, para poner en libertad a los cautivos, para publicar el año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

Estamos convencidos de que, descubierta nuestra responsabilidad hacia los hermanos ofendidos, encontramos la síntesis de las dimensiones contemplativas y “políticas” de nuestra fe.

La espiritualidad que nacerá de esta conversión, que es tal vez, la “oportunidad” del monaquismo en nuestro continente, pasa, sin duda, por una muerte dolorosa. Exige aceptar el desafío de la “presencia en el mundo”, que constituyó la gran estrategia del Concilio Vaticano II.

(...)

El compromiso de los monjes de América Latina con los pobres, para ser auténtico, tendrá que darse bajo esta luz contemplativa de la fe, que la Regla nos enseña y que nos muestra un Benito que sabe hacer una síntesis feliz de las dos dimensiones de toda auténtica vida de fe y que fueron tan mal interpretadas como si fueran separadas y hasta exclusivas la una de la otra: la llamada “vertical” y la llamada “horizontal”. El Benito extático que contempla, más allá de la creatura, la luz difusa de la intimidad divina, es el mismo que contempla la faz del Señor en el

pobre y en el pequeñito. Lo que los modernos conocimientos nos plantean de nuevo es que este pobre y este pequeñuelo no están únicamente presentes en el circuito estrecho de las “relaciones cortas”, sino que es el Cristo crucificado y maltratado en la cruz de las estructuras injustas. Como quiere Karl Barth, en un testimonio que procede de fuera de la Iglesia católica, el monje benedictino normal es la testificación de la libertad para con Dios y para con el hermano, que siempre ha sido, dice él, el “téllos” de la ascesis monástica (*In Dogmatik* 4° voL).

Hasta aquí el P. Abad de Bahía. A continuación hicieron sus exposiciones los panelistas.

Dijo el P. Abad Basilio Penido:

Las notas que voy a presentar aquí no son técnicas, son el resultado de una larga experiencia de contactos con jóvenes de ambos sexos, que aspiran a la vida monástica e ingresan en ella. Hace casi cuarenta años que estoy en el monasterio, y durante todo este tiempo he vivido en contacto asiduo con este problema, por otra parte, durante los tres años que precedieron a mi ingreso, pertenecí a un grupo de universitarios cristianos que se caracterizó por sus vocaciones monásticas.

Nuestros monasterios, hablo aquí especialmente de la Congregación brasilera, pero por lo que veo, estas consideraciones podrían aplicarse a otros, nuestros monasterios, digo, están en crisis, la vida benedictina está en crisis, y uno de los aspectos más graves de esa crisis, tal vez el más grave, es el descenso de las vocaciones y de la calidad de las mismas.

Vivo, gracias a Dios, en un monasterio privilegiado en este punto. Estamos en una región donde, como se dice, “hay muchas vocaciones”, soy abad hace casi 14 años y durante ese tiempo recibí más de cien postulantes, un promedio de más de siete por año. Muy pocos quedaron. Gracias a Dios perseveraron algunos que me parecen muy buenos. ¿Y los numerosos que salieron?... ¿Por qué? Creo saber responder con seguridad: Porque no tenían verdadera vocación, sólo con el tiempo aprendí esto. Solo hay un auténtico motivo para entrar en un monasterio: BUSCAR VERDADERAMENTE A DIOS, muchos piensan que “buscan a Dios”, pero no lo buscan en una entrega total. Antiguamente las estructuras permitían que tales personas permanecieran en el monasterio. Hoy, ellas son solicitadas y tentadas a salir de mil maneras, y no resisten. Además, es incluso mejor que sea así. No soy futurólogo, pero tengo la impresión de que la comunidad del futuro tendrá que ser más pequeña, basada en la profunda unión y amistad entre los hermanos, amistad verdadera que lleve a un compromiso de “estabilidad en la comunidad”, como expresa san Benito. Pero los hermanos aquí presentes se preguntarán: ¿Qué tiene que ver esto con nuestro tema de “desarrollo y monacato” o “liberación y monacato”? Tiene mucho que ver. Recorro una vez más a una experiencia de las más profundas de mi vida, que tuve hace pocos años. Un contacto con jóvenes marxistas, presos por causa de sus ideas. Sólo puede decir que se trata de una juventud admirable, capaz de dar la vida por una causa que les parece lo mejor, la causa de la humanidad.

Pues bien, resumiendo, lo que nosotros necesitamos en nuestros monasterios es una juventud así: capaz de dar la vida; nadie tiene mayor amor que aquel que da la vida por sus amigos, dice el Señor. En los jóvenes que yo visitaba faltaba, claro, una conciencia de su profunda y real comunión con Cristo. Él les dirá un día: Tuve hambre y me disteis de comer. Por supuesto ellos dirán a Jesús: ¿Cuándo lo hicimos, Señor? ¿Cuándo te vimos con hambre? Mis hermanos y hermanas, voy a decirles lo más profundo de esa experiencia que hice en esas cárceles de Brasil. Gracias a Dios mi relación con los monjes de mi comunidad es auténtica y profunda. Pues bien, la relación que tuve allí, y, en algunos casos, que hasta hoy tengo, con los jóvenes comunistas de las cárceles, es *igual*. Sentí que el carisma del abad no se limita al marco del Derecho Canónico, sino que por la fuerza del espíritu se puede extender a todo hombre. Muchas veces tuve deseos de que aquellos jóvenes ingresaran en nuestros monasterios, estoy seguro de que serían excelentes monjes. En cambio, gran parte de nuestros candidatos buscan el monasterio para “vivir en paz”, lejos del bullicio del mundo, es decir, lejos de la lucha de los hombres. Entre

ellos muchos están, en el fondo, buscando una instalación de jubilados a los 25 años. No son todos, pero el número es impresionante. Y adviertan que no quiero decir que son hipócritas y busquen engañarnos. La realidad es que ellos no tienen conciencia de esa situación y por eso son inocentes.

Ante este cuadro ¿qué hacer? Encuentro muy difícil responder. No deseo proponer soluciones artificiales. Con todo, lo que me parece válido es nuestro deber de establecer en los monasterios condiciones de heroicidad de vida que puedan entusiasmar a los jóvenes. El monacato nació de la añoranza de la Iglesia cuando salió de la época heroica de los apóstoles y de los mártires. La era Constantिनiana, que trajo una supuesta paz a la Iglesia, la privó de la condición habitual de heroicidad. Entonces surgieron Antonio, Pacomio, Basilio, Benito y tantos hombres de Dios que mantuvieron en sus vidas los moldes apostólicos, y crearon instituciones que facilitaban a quienes quisieran seguir a Cristo en su *kénosis*, en su entrega por los hombres. Pues bien, es necesario, cueste lo que cueste, restablecer ese clima. Esto no se hará sin embargo por la continuación poco inteligente de sistemas artificiales y anticuados.

Tenemos que buscar otra cosa. Es aquí donde el Espíritu sopla en todo el mundo, y en nuestra América Latina, mostrándonos que es en el sentido de la lucha por la liberación total del hombre, en el cuerpo y en el espíritu, como individuo y como sociedad, como hombre y como hijo de Dios, donde se sitúa la vocación para la heroicidad. Ser santo es ser héroe. Hasta en los procesos de canonización se exige la prueba de la heroicidad de las virtudes. “El pueblo de Dios en marcha”. ¡Qué expresión maravillosa! Pero ese pueblo de Dios no es cualquier grupo o iglesia alienada de la realidad total del hombre, viviendo confortablemente su instalación. Por la Resurrección de Cristo toda la humanidad es constituida como pueblo de Dios en marcha. La Iglesia debe ser la parte que concientiza a ese pueblo, respecto de la presencia de Dios encarnado en él. Queremos novicios que sepan esto, que tenga conciencia de esto, pero que no sean “snob”, “festivos”, como se dice en Brasil. No se trata de organizar no se qué izquierdas “snob” en nuestros noviciados, sino de integrar en nuestras comunidades, a jóvenes apasionados por Cristo, apasionados por el Evangelio, que deseen dar sus vidas, hasta derramar su sangre por la causa del amor universal, que se llama Jesucristo. Sólo así vale la pena hacer monaquismo. Sólo así podremos ser continuadores de nuestra tradición de los Antonios, de los Pacomios y de tantos otros.

¿Existirán en este momento jóvenes como esos en nuestros monasterios de Brasil? Sé que existen algunos, son pocos... pero buenos. Ellos son la esperanza de la vida monástica y benedictina en nuestro país. ¡Qué Dios nos mande otros muchos!

El P. *Marcelo de Barros Souza*, dijo:

Me gustaría contar a ustedes una experiencia que recién comienza y aún es frágil: cómo una comunidad monástica tradicional comienza a participar en el proceso de liberación de nuestro pueblo.

Pienso que el Monasterio de Olinda pasó en estos últimos años por un cambio que fue como una explosión y que me animo a afirmar que marcó una etapa nueva en la vida de la comunidad. Cuando yo entré en el monasterio, la comunidad estaba centrada en sí misma. A pesar del hecho de que ya en aquella época (1962) era una comunidad acogedora y hasta cierto punto abierta (basta recordar que aceptaban un elemento como yo) de hecho las preocupaciones de los hermanos, las conversaciones, las iniciativas, eran con referencia a cosas internas, reducidas al pequeño mundo monástico. Yo percibía esto en la organización de la vida comunitaria, en el horario, en la disciplina, en la oración litúrgica y en la acogida del tipo de huéspedes que iban al monasterio.

Pienso que lo que determinó la transformación no fue un descubrimiento intelectual, ni la ideología de alguno, ni aún siquiera hubo una decisión consciente por parte de la comunidad.

Fue como un alud. Cada piedra fue arrastrando otra y poco a poco ya fue imposible parar la avalancha. El Evangelio de san Juan en su capítulo 10 dice que el Buen Pastor saca las ovejas del corral y las larga fuera del refugio, y recién entonces las conduce. Me parece que fue algo de esto lo que sucedió. Él nos sacó del corral y nos largó al camino, Pasamos a estar en diáspora. Sin haberlo decidido intelectualmente fuimos llevados a ser una comunidad para los demás; con todos los riesgos que de allí provienen y con muchas contradicciones.

(...)

La comunidad resolvió, por ejemplo, invitar a los empleados de la casa (porque todavía somos patronos y tenemos empleados) para que tomaran parte diariamente en la comida con nosotros en la misma mesa y sin distinción de puestos.

En el Hospital del cáncer no se aceptaban niños residentes en el interior. Si estos conseguían alojamiento en la ciudad, ello les permitiría acudir al Hospital, y con ello tener la posibilidad de curarse. Nuestra comunidad decidió tener siempre uno o dos de ellos viviendo con nosotros y comiendo con nosotros, a fin de que tuvieran la posibilidad de vivir y no estuvieran condenados a morir.

Medidas como éstas no se realizaron sin conflictos ni sufrimientos. Todas fueron decididas comunitariamente, pero no se podía esperar unanimidad; y a veces sucedió que los hermanos que en un principio eran contrarios, después dieron su apoyo.

Antiguamente en nuestra comunidad teníamos miedo a los conflictos. Actualmente, noto que descubrimos el valor positivo de los conflictos, generalmente son las reuniones más dolorosas y duras las que llevaron a la comunidad a avanzar.

Durante dos meses de este año dedicamos todas las reuniones al estudio de los documentos del CELAM y a meditar y profundizar los documentos de la teología de la liberación. Descubrimos que hay un papel en este proceso de liberación. Es el de caminar con las comunidades eclesiales de base en el mismo camino que ellas y tener en medio de ellas una presencia de ecumenismo en la misma lucha por la práctica. Entre las comunidades que rezan su lucha, aprender de ellos esa gracia de ligar a la oración el compromiso político y, por otro lado, enseñarles que la adoración gratuita a Dios es posible y coherente con el trabajo. La comunidad comenzó a asumir como suyo, el hecho de que algunos hermanos asuman un compromiso particular, como por ejemplo: visitar a los presos políticos, o trabajar en grupos de jóvenes cristianos y no cristianos.

Una última cosa que quisiera contarles, es que decidimos que algunos hermanos (uno de los cuales es de los más viejos de la comunidad y Vice-Prior) irán a vivir en una pequeña casa de un barrio pobre de Olinda, en una experiencia de equipo de oración: presencia y participación en la vida de los pobres. Esto tiene aún que comenzar. Pero será una experiencia que comprometerá a toda la comunidad.

Todo esto encerró sus peligros para la comunidad. Nuestro empobrecimiento llegó hasta la disminución en el personal y a la dispersión en los trabajos. Queremos superar este mal, pero tengo la convicción de que vale también para las comunidades aquello que Jesús dijo a las personas:

¡Quien quiera salvar su vida, la perderá; y quien la arriesga, la salvará!

Finalmente el *Hno. Samuel Barreto* leyó su aportación de la que extractamos lo siguiente:

Venimos para oír y aprender, no para enseñar. Venimos con la ilusión de encontrar la venerable y auténtica tradición benedictina, que es tan difícil de aprender y valorar en el aislamiento en que nos encontramos a este respecto en el Perú. Tal vez muchos de ustedes no se den cuenta de



que es la primera vez que nosotros, los peruanos, tenemos la oportunidad de descubrir la Orden en sus estructuras, realizaciones, inquietudes y esperanzas.

Ante todo, queremos manifestarles la simpatía que nos han demostrado que es para nosotros motivo de precioso aliento. Nuestra fundación ha conocido muchos momentos de alegría, pero también otros de hondo sufrimiento y somos muy conscientes de nuestra fragilidad.

De la reflexión que hicimos en común para este Encuentro, tratamos de comunicarles lo mejor.

De manera unánime consideramos de suma importancia el pluralismo entre las comunidades o dentro de ellas. Esta fue siempre la característica benedictina, traducida en la propia organización de la Orden. Mas, como queríamos convencernos de esto concretamente, examinamos las diversas comunidades de América Latina. Constatamos en ellas una diversidad de inserción, de servicio o de opción que nos parece una de nuestras más preciosas riquezas, pues nos permite mayor flexibilidad, disponibilidad al Espíritu y al llamado de los tiempos.

Sin embargo nos es necesario precisar más la noción que tenemos de este doble pluralismo. Estamos convencidos, por una parte, que no puede realmente servir al futuro del Evangelio si no escucha con docilidad al Espíritu que le habla a través de situaciones concretas. Son estos los llamados que deben determinar nuestra fisonomía comunitaria, guardando siempre fidelidad a los fundamentos de nuestra vocación benedictina y lo que el pueblo de Dios, en medio del cual habitamos, espera de nosotros.

Para oír ese llamado o percibir la perspectiva del compromiso que se nos propone es preciso que estemos colocados concretamente en nuestro pueblo. El segundo aspecto que vemos en el pluralismo es el que se refiere a la comunidad misma. Cada miembro tiene su propio carisma, sus dones, disposiciones y limitaciones. Como consideramos que no hay una tarea que sea en sí específica para los benedictinos, y que, por el contrario, es más bien el pluralismo una de esas especificaciones, procuramos que cada miembro pueda desenvolverse en la tarea y en la profesión que mejor le convenga, en diálogo y de acuerdo con la comunidad, y según las perspectivas espirituales e ideológicas que brotan de la comunidad.

Otro punto de la tradición monástica que atrajo nuestra atención es la así llamada “huida del mundo”. Consideramos que esta característica es importante, pero queremos volverla a colocar en su contexto original: el desierto. Cuando los primeros monjes se retiraban al desierto lo hacían con un doble propósito:

- 1– Protestar contra un mundo no evangelizado
- 2– Buscar un lugar donde enfrentarse directamente con los demonios.

Nos parece que esta doble perspectiva está hoy muy lejos de su primitiva forma. Nosotros la entendemos hoy frecuentemente como un huir del mundo, un permanecer al margen, extraño a la realidad, no comprometido para el combate. Y por el contrario, bajo su doble aspecto de protesta (ruptura con los valores de un mundo “pagano”: consumo, placer, injusticia, capitalismo...) y de afirmación concreta de nuevos valores evangélicos en lucha espiritual contra los demonios (o ídolos), la llamada “huida del mundo” nos parece urgente en nuestro continente. Es claro que tal concepción implica un compromiso, una lucha concreta, un rechazo explícito de un cierto tipo de sociedad y una opción socio-política que se traduce en el trabajo, la profesión, la hospitalidad y la oración.

Tal ruptura y el compromiso con el pobre, con el oprimido, tienen que estar inspirados por el Evangelio leído y comentado en comunidad y animado por la oración fiel, seria, personal y comunitaria. Los demonios de hoy son de orden ideológico, político, económico. Es preciso vencerlos participando en la construcción de la esperanza del pueblo. Ya no se trata de “interpretar” la situación de la sociedad, dejándola soñar con un mundo mejor que vendrá

después; se trata de “transformarla” desde ahora colaborando en la construcción del Reino, manteniendo siempre vivo el aspecto escatológico.

La teología de la Esperanza enriquece la espiritualidad pascual tan propia de la Orden.

En base a todo este material tan abundante y enmarcado en una misma corriente de pensamiento, se hicieron y votaron las preguntas, resultando elegidas las siguientes:

- ¿Cuáles son las primeras etapas concretas para que una comunidad pueda abrirse a los demás, sin perder su identidad monástica?
- ¿Cuál es el proyecto de esperanza y liberación que una comunidad benedictina debe nutrir y perseguir?
- ¿Cómo podemos ayudar a nuestros candidatos a asumir el camino de una santidad heroica al servicio del pueblo?
- ¿Cuáles son las formas de promoción humana, de solidaridad efectiva con los pobres y de inserción en el medio donde se encuentra su comunidad?
- ¿Cómo lograr una liturgia liberadora?

En el plenario se leyeron los informes, tal vez demasiado esquemáticos, por ello reproducidos aquí, fuera del contexto vivo, resultarían un tanto ininteligibles. Luego hablaron muchos congresistas, y sus intervenciones tuvieron una peculiaridad: muchas de ellas fueron en base a anécdotas, a parábolas, a imágenes plásticas. También se discutió algo que desde el primer día aparecía una y otra vez en los debates: el punto del “fin secundario”, si el monje tiene o no una finalidad secundaria precisa. Fueron al respecto muy interesantes las aportaciones del P. Abad Eduardo Ghiotto y del P. Abad Cesáreo Figueras. Casi al término de la jornada pidió la palabra el P. Abad Bernardo Vlaar, de la Abadía de Mt. St. Benedict (Trinidad); también en este caso habría que poder mostrar a los lectores la persona del Abad Bernardo, tan lleno de humildad, de calma, de oración. Dijo:

Pido ante todo indulgencia porque hablo castellano con mucha dificultad. Hablaría en inglés... pero trataré de expresarme. El monasterio de la Trinidad es una fundación de la Abadía benedictina de Bahía (Brasil) desde el año 1912. Cumplimos ahora 63 años. En Trinidad hay una población muy cosmopolita. Hijos de los propietarios de plantación de azúcar, cacao, etc., negros y mestizos con su historia de esclavitud, indios (de la India), hijos de trabajadores importados por Inglaterra al final de la época de la esclavitud, y también otros inmigrantes, ante todo un grupo de chinos. Pocos indígenas que llamamos “amer-indios”, para distinguirlos de los indios de la India. Ahora Trinidad y todas estas islas son un país independiente desde el año 1962. Uno de los más graves problemas es la integración de la población, de estos diversos grupos con sus características de raza. Esto desempeña un papel en la política y en la vida económica y social.

Nuestra comunidad refleja esta población cosmopolita de Trinidad. Creo que nuestra comunidad es la más mezclada, porque tenemos negros y mestizos en toda la gama de los colores, indios, chinos y un indio de Guayanas; y también hijos de los propietarios de plantación, etc., y europeos, la mayoría de Holanda. Creo que nuestra vocación de comunidad, la más propia, es mostrar lo más posible la integración de todos esos hombres y ambientes tan diferentes, no por esfuerzos humanos sino por el amor de Cristo, mostrando que lo que nos une es Cristo mismo. Cristo es tan grande, tan enorme, que las diferencias de raza, de cultura –sin negarlas– son insignificantes. Estamos tratando esto no sin dificultades, no sin diferencias, pero el éxito es bastante grande.

Resulta que todas estas razas, toda esta población, se sienten en casa con nosotros, se sienten bienvenidos y vienen cada día con sus problemas, ante todo los pobres comparten con nosotros sus problemas, y así podemos entrar en sus preocupaciones. Piden nuestra ayuda, pero ante todo el apoyo de nuestra vida de oración. Tratamos de ayudarlos de otra manera. Ante todo por la

acogida, con los retiros espirituales, si pueden pagar, bien, si no pueden, “O.K.” También tenemos una escuela donde se enseña carpintería, etc.

Yo no sé si he hecho una pequeña contribución. (Aplausos).

Cerró el debate el Padre Abad Primado con una importante contribución que todos meditamos en el silencio de nuestros corazones.

Así llegamos al *día 29 de julio*, en el cual se clausuraría el Encuentro.

La reunión comenzó a las 9 de la mañana. La Hna. Fidelina Monzalvo, de las Hermanas Guadalupanas, dijo unas palabras. Todos aplaudimos y agradecemos a esta Hermana, que fue una de las personas claves del Encuentro, y que contribuyó con su discreción, con su fineza femenina y con su abnegación, a que todo se desarrollase con calma y precisión. Se dio al máximo, permaneciendo siempre “escondida”, tratando de no ser notada.

Luego el P. Ambroise Watelet expresó su agradecimiento y su alegría por haber podido participar de este Encuentro que calificó como “un encuentro verdaderamente fraterno” y que fue para él una experiencia nueva e inesperada.

A continuación habló el Revmo. Padre Abad Primado. Después de haber comunicado su intención de proponer a los Abades de la Confederación la celebración de “una especie de congreso universal benedictino” en el año 1980 (aniversario del nacimiento de san Benito) en el que participarían también trapenses, cistercienses, monjas y hermanas benedictinas, dijo entre otras cosas:

“Para mí, lo más importante de este Encuentro ha sido el espíritu. Creo que el P. Ambroise dijo la verdad: es un Encuentro verdaderamente fraterno. Yo siento esta fraternidad, esta amistad, este clima de amor, que para mí son el testimonio más grande y más importante de este Encuentro.

... Diría también que este Encuentro ha evidenciado una madurez en los miembros y en la discusión que no se advertía en el de Río –es un proceso de maduración muy importante– y también intensidad y seriedad en la búsqueda al mismo tiempo que gran equilibrio entre amistad y recreo.

... También creo que ha habido maduración en la liturgia, pues la liturgia fue el centro de este Encuentro. Y esto porque ha sido muy bien preparada. Es importante esto como experiencia para el futuro.

Añado dos puntos como consejos –si es que les puedo dar consejos– 1º: Estudiar de qué manera esta experiencia, que es una experiencia muy personal, se puede compartir con los hermanos y hermanas que no han podido participar de ella, sin crear envidias. Es muy difícil, pero es muy importante. Y también, cómo continuar no sólo con este tipo de encuentros sino también con los encuentros en la base, cómo crear en cada monasterio mayor relación de familia en la base: es muy importante. Es muy importante también visitar monasterios, estimular encuentros entre los maestros de novicios y otros superiores, por ejemplo, de manera que este movimiento continúe no sólo cada tres años, sino como un movimiento total. Hay mucho peligro de aislamiento no sólo entre los superiores sino entre las comunidades como tales. 2º: Permanecer fieles. Es cuestión de perseverancia. Es muy difícil hoy en día la perseverancia. Pero estoy muy feliz porque entre nosotros son muchos los jóvenes que han contribuido mucho en este Encuentro.

... La alegría, la sorpresa de aprender siempre algo nuevo es muy importante. Esta es la contribución de América Latina, de Asia y de África a la Confederación hoy en día. Es vuestra contribución. Lo veo claramente. Hay algunas tensiones entre ser y hacer: siempre existió esa

tensión en la Orden benedictina, y es importante, porque si faltara esa tensión significaría que no somos sensibles al mundo o que no lo somos a los valores tradicionales benedictinos.

... Muchas congregaciones modernas y muchos órdenes se encuentran hoy en crisis porque creen que ya ha llegado el fin de su servicio a la Iglesia, porque fueron organizadas, fundadas para un servicio que ahora no parece necesario en la Iglesia, para una misión que hoy ha pasado. Pero veo que la Orden benedictina tiene futuro porque ustedes están convencidos de ello. Gracias.

Finalmente se resolvió que el próximo Encuentro Latinoamericano se haría en Buenos Aires en octubre de 1978. Desde ya, decimos a todos nuestros hermanos de América Latina: ¡sean muy bienvenidos!

Nos reunimos todos por última vez a las 11.30 en la iglesia del monasterio para participar de la concelebración presidida por el Rvmo. Padre Abad Primado. Pudimos entonces constatar de una manera muy viva que este Encuentro fue, sobre todo, una reunión de oración, fue la alegría de los hermanos reunidos en la fracción del pan y en el canto de las maravillas de Dios.

\*\*\*

Una mirada retrospectiva nos muestra en perspectiva y síntesis lo que fue el Encuentro de Bogotá:

- En cuanto a los temas tratados:

Hubo algunas conferencias más valiosas que otras.

También entre los paneles, los hubo muy buenos, aunque lamentablemente se dieron repeticiones. Tanto en los plenarios como en las reuniones de grupo reinó siempre un excelente clima de diálogo. En ningún momento se percibió una estridencia. Sin embargo, en los plenarios no se llegaban a tratar todas las preguntas, tal vez por falta de una mejor conducción de los mismos.

El tema general, “Presencia de las comunidades monásticas hoy en América Latina”, apareció nítido y candente, si bien no se abordó exhaustivamente ni en toda su profundidad. Simplemente se alcanzó a ver que el problema existe.

En general, se notó la falta de rigor terminológico y teológico.

No hubo una mayor aportación de experiencias, si bien ésta se dio en los diálogos extra-reunión.

- En cuanto al Encuentro en sí:

Lo principal fue el encuentro entre las personas, no tanto los temas tratados. Hubo mucha gente nueva, muchos países representados, bastante gente joven. Se notó un gran deseo de caminar juntos, de estrechar lazos, de saber quererse a pesar de las grandes diferencias.

Todo se dio en un clima de piedad. En el trato mutuo hubo mucha sinceridad y respeto. En una palabra, se respiraba una amistad adulta y sencilla, religiosa y normal.

Comparado con el I Encuentro, éste de Bogotá fue más maduro y más participado.

Se percibe ahora un monacato latinoamericano con fisonomía más marcada y se siente la necesidad de una inserción adecuada en el continente. También se siente la necesidad de permanecer fieles a los valores monásticos y a la Regla.

• Como un fruto de este Encuentro habría que mencionar que surgió el proyecto de constituir la Pre-Congregación del Caribe.

• Y por último, hay que hacer notar el marco y el ejemplo dignos de toda ponderación que dio la Comunidad de Tibatí.

• Todos hemos tenido una formidable experiencia de amor fraterno.

De esta experiencia participaron:

Dom Rembert G. Weakland, Abad Primado	Roma
P. Carlos Palmes, SJ, Presidente de la CLAR	Bolivia
P. Luis Patiño, OFM, Secretario de la CLAR	Bogotá
P. Hernán Umana, Presidente de CRC	
P. Ambroise Watelet, Colegio San Anselmo	Roma

## I. BRASIL (CIMBRA)

Dom Joaquín de Arruda Zamith, Abad	Sao Paulo
Dom Bento de Andrades Silva Reis	Sao Paulo
Dom Lourenço Russo, Prior	Valombrosa-Sao Paulo
Dom Ernesto Linka	S. Geraldo- Sao Paulo
Madre Doroteia Rondon Amarante, Priora	Itapecerica de Serra
Dom Antonio Kirsch, Prior	Vinhedo
Dom Leo P. Rothrauf	Presidente CIMBRA
Madre Clara Hermans, Priora	Ribeirao Preto
Elisabeth Jansen	
Hna. Timotea Kronschnabl	Tutzing-Itapetininga
Dom Inacio Accioly, Abad	Río de Janeiro
Dom Paulo Rocha	
Dom Emanuel de Almeida	
Madre Luzia Ribeiro de Oliveira, Abadesa	Belo Horizonte
Hna. Joana Calmon Villas Boas	
Dom Timoteo Amoroso Anastasio, Abad	Bahia
Madre Mectildis Vilaça Castro, Abadesa	Olinda
Dom Basilio Penido, Abad	Olinda
Dom Marcelo de Barros Souza	
Madre Lúcida Schmieder, Priora	Tutzing, Olinda
Hna. Hildegardis Nassen	
Dom Eric Deitchman, Prior	Mineiros
Madre Chantal Modoux, Priora	Curitiba
Hna. Teresa Perdigao	
Anita Ielpo	Secretaria de CIMBRA
Beatriz Neiva de Figueiredo	Secretaria de CIMBRA

## II. CONO SUR

Hna. M. Cándida Cymbalista	Sta. Escolástica
Hna. Ana María Santángelo	Sta. Escolástica
Dom Mamerto Menapace, Prior	Los Toldos, Argentina

Dom Martín Elizalde, Prior Administrador	Luján, Argentina
Dom Eduardo Ghiotto, Abad	Niño Dios, Argentina
Dom Eduardo Lagos Arrane, Prior	Las Condes, Chile
Hna. Judith Kramer	Antofagasta, Chile
Madre Plácida Zorrilla, Priora	Montevideo, Uruguay

### III. UNIÓN BENEDICTINA MEXICANA

Dom Plácido Reitmeier, Abad y Presidente	Tepeyac
Dom Odo Zimmermann	
Dom Gabriel Chavez de la Mora	
Dom Ambrose Zenner, Prior	Cuernavaca
Hna. Anita Bahner	San Benito
Hna. Amelia Preciado	
Hna. María de S. Pablo Duran, Sup. General	Cristo Rey
Hna. Fidelina Monzalvo	
Hna. Noemí Vera Lira	
Hna. María del Carmen Cruz	
Hna. Laura Elena Mejía	
Madre Bernardita Ávila S., Sup. General	Sagrada Familia
Hna. Yolanda Hernández	
Hna. Inocencia Hernández A.	

### IV. SECTOR CARIBE

Dom Cesáreo Figueras, Abad	Medellin, Colombia
Dom David Pujol	
Dom Francisco Javier Gómez	
Dom Lorenzo Wagner, Prior	Tibatí, Colombia
Dom Valeriano Odermann. Prior Electo	
Dom José Splonskowski	
Dom Francisco Wehri	
Dom Felipe Vanderlin	
Fray Enrique Thorin	
Humberto Ochoa	
Dom Urbano Faussner, Prior Encargado	El Rosal, Colombia
Dom Gregorio Wirz	
Hna. Assumpta Schaecher	
Hna. Margaret Ann Eischens	
Hna. Judith Uhlenkottt	
Hna. Lauren Mohs	
Dom Lorenzo Ferrer, Prior	Usme, Colombia
Dom Martin Canyís	
Dom Bonifacio Tordera	
Dom Juan Londoño	
Hna. María Elena Schaefers	Cali, Colombia
Dom Fernando A. Rodríguez, Superior	El Salvador
Dom Javier Hillenbrand, Prior	Cobán, Guatemala
Hna. María Victor Kercher	Cobán, Guatemala
Hna. Ana María Verhamp	
Dom Gerard Dautremer, Prior	Martinique
Dom Javier McGough	Huaraz, Perú
Dom Andres Jacobs, Prior	Naña, Perú

Manuel Akamine  
Samuel Barreto  
Ivan Petrovich  
Hna. Mary Baehl  
Dom Jaime Reyes  
Hna. Carmen Dávila  
Dom Bernardo Vlaar, Abad  
Dom Jesús María Sasía  
Dom Beda Hornung  
Dom José Ziegenaus  
Dom Jesús Martínez  
Hna. Emily Bedard  
Dom Ed. Zenner  
Hna. Clementina  
Dom Manus Duffy

Morropon, Perú  
Humacao, Puerto Rico  
Humacao, Puerto Rico  
Trinidad  
Caracas, Venezuela

Maracay, Venezuela  
Tibatí  
Crookston USA  
Portland, ORE-USA  
Siervas de Cristo Sacerdote  
Morristown USA

*Abadía de Santa Escolástica  
Argentina*